

# Salud ecológica o De las verdades del conocimiento

**ROGELIO M. DÍAZ MORENO**

**Licenciado en Física Nuclear**

**Especialista en Radiofísica, Instituto de Neurología y Neurocirugía**

**Originalmente aparecido en Letra con Filo**

<http://www.cubaliteraria.cu/revista/laletradelescriba/n44/articulo-9.1.html>)

Con mucho interés comencé a leer el título salud ecológica, de los especialistas Jorge Ávila Guethón (Holguín, 1945) y Pedro Fonte González (Pinar del Río, 1965). En este título de la Editorial Ciencias Médicas, los doctores se apoyaron en su experiencia en Medicina Interna, Tradicional y Natural y en Terapia Floral para presentar un enfoque de la medicina y de la vida, alejado de los cánones occidentales ortodoxos y que incluye una gran cantidad de corrientes filosóficas orientales y de otras procedencias.

Existen varios tipos de conocimientos, y cada uno tiene un valor propio que no debe ser desdénado para lograr una concepción integral y enriquecedora de nuestro mundo. No obstante, el que se acepta con el título de conocimiento científico tiene unas reglas estrictas tales que deben ser cumplidas por todas aquellas afirmaciones que deseen ganarse el título de científicas.

Profundicemos un poco más a riesgo de parecer latosos. Una teoría que se precie de explicar científicamente un fenómeno natural debe ser coherente, explicar con la mayor sencillez posible todas las manifestaciones de aquel y ser capaz de pronosticar acertadamente los resultados de los experimentos u observaciones relacionados con el mismo. Si se comprueba sistemáticamente la coincidencia entre teoría y experimento, crece la confianza en aquella, pero no se convierte en una verdad dogmática. No importa que la teoría haya superado satisfactoriamente la mayoría de las pruebas; si se contradice con alguno de los resultados que se encuentren más adelante, perderá su validez y deberá ser sustituida por una mejor o más general, y quizás la teoría anterior pueda explicar un caso particular de la nueva. Otra característica, que algunos encuentran desagradable, de las teorías científicas que intentan explicar el Universo y al hombre dentro de este, es el aparato matemático. Lamentablemente para algunos, la matemática es el lenguaje de la ciencia moderna.

Incluso aquellas ramas de la ciencia no consideradas como exactas, recurren cada vez con más profundidad a las herramientas algebraicas. Cuando se manejan conceptos físicos como ondas, energías, etcétera, los guarismos son imprescindibles si se quiere demostrar con seriedad cualquier hipótesis. Estrechamente unidas a las magnitudes que se manejan, deben encontrarse las maneras de medirlas en unidades que puedan ser evaluadas, contadas, de manera objetiva e igual para todos los observadores. Para poner un ejemplo típico: todos los observadores con el equipamiento adecuado pueden comprobar que, en un segundo (tiempo equivalente a 9 192 631 770 veces el período de la radiación que se emite en cierto proceso nuclear aceptado por la comunidad internacional) un rayo de luz recorre una distancia igual a 299 792 458 veces la longitud de cierta vara que se guarda en París, conocida como metro. Tener claro los conceptos anteriores sobre las teorías científicas particulares y la ciencia en general, ayuda a analizar mejor las afirmaciones de los que exponen sus diferentes interpretaciones de la realidad.

La obra de los doctores Ávila Guethon y Fonte González reúne un amplio espectro de teorías ancestrales, técnicas alternativas, terapias y tratamientos basados en concepciones del mundo que divergen considerablemente de aquellas aceptadas por la comunidad científica moderna. Aquí se reúnen acupuntura y digitopuntura; los cinco elementos, el Ying y el Yan; las llamadas

bioenergías; las pirámides y la homeoterapia, la terapia floral, la kinesiología y todo aquello que ahora ha dado por agruparse bajo el lema de la concepción “holística” de la vida y la medicina. Y aquí es donde se hace necesario separar el conocimiento científico del que no lo es. En un futuro, no se debe descartar que algunas de estas técnicas, investigadas con seriedad, logren avalarse con los resortes propios, de rigor descriptivo, predictivo, matemático y medible. Sin embargo, a pesar de los seguidores de las ideas expuestas en el texto, estas permanecen por el momento en un rango que oscila entre aplicaciones empíricas, en el mejor de los casos, y las puras elucubraciones demostrablemente equívocas.

Empecemos por la esfera más cercana a mi limitada experiencia como físico. Yo no dudo que los conceptos físicos expuestos en el libro sean correctos en general. Lo que cuestiono radicalmente es la correspondencia entre el contenido científico y las conclusiones extraídas por Fonte y Ávila. Por muy ciertos que sean los elementos mencionados de partículas, ondas, barruntos de la teoría del Big Bang, no enlazan coherentemente con las conclusiones sobre las terapias tradicionales por las que se aboga, ni las fundamentan rigurosamente. La gran complejidad de los fenómenos físicos, eso sí, es utilizada para justificar la imposibilidad de describir científicamente la supuesta influencia de los colores, pirámides y esencias florales sobre la salud humana.

Con estas y otras disquisiciones se corre el riesgo de provocar el preocupante efecto de desprestigiar prácticas de resultados comprobados y merecedores de serios estudios, como la acupuntura y la digitopuntura, al ponerlas en el mismo conjunto de técnicas supuestamente válidas junto a las puras especulaciones de pirámides, horóscopos y radiestesias.

En el primer capítulo, “Luz, color, energía y memoria biológica”, después de ofrecer de una manera sencilla algunos conceptos sobre colores y ondas, los autores empiezan a vincular esto con sus ideas y a manejar los conceptos de una manera muy particular. En la Psicología se estudia la influencia de los colores en el estado anímico del hombre, lo que podría confirmar algunas de las tesis expuestas, pero en las páginas de Salud... falta la teoría descriptiva sencilla y matemática, la predicción, el experimento. Cuando se habla tanto de energía y alteraciones energéticas en un organismo, debe ser evidente la forma de esta energía, térmica, eléctrica u otra que no aclara el texto; en qué unidades medirla, no nos dice si en Joules o electrón-voltios; en qué punto conectar qué sensor. Después se debe ser capaz de mostrar cuáles son las fuentes de dicha energía, ¿será la ruptura de la molécula de ATP en las células, será otra la fuente? y las causas de su rendimiento más o menos intenso: nada de ello aparece en este punto.

“Tenemos un código genético formado por colores” afirman. Pero a nivel molecular o atómico, lo que entendemos por color ha perdido el significado que le damos en el mundo que ven nuestros sentidos. Usted puede pintar un modelo verde de la molécula que desee. Para la molécula, eso no tiene sentido, al menos el que nosotros solemos darle.

Otros criterios aparecen aquí con los que me es imposible estar de acuerdo. Es posible que el ajo en Asia sea amarillo y la sábila del mar Mediterráneo, azul. Pero si los de un signo zodiacal son distintos a los de otro, sólo se deberá a la disímil época del año.

Y eso se puede alterar con un sencillo invernadero. Después de conocer los caprichosos criterios con que los hombres han ido nombrando las constelaciones del cielo, es increíble que la astrología pueda seguir considerándose ciencia por personas serias. Añadamos aquí que, aunque no sé a cuáles de mis amistades le corresponda la personalidad ayurvédica Vatta, dudo seriamente que le puedan perjudicar los tomates o las lechugas, como se afirma en esta obra.

Otro punto llamativo de este acápite es la defensa de la radiestesia, el “arte” de encontrar agua o minerales con palitos o varillas de metal. Dicen los autores “no hay duda que (estos métodos) resultan de utilidad”. Sinceramente, me cuesta trabajo encontrar una manera suave de comentar este punto. A veces, las menos, la persona dedicada a la radiestesia acertará. En otras, seguramente la mayoría, fallará. Si el necesitado de agua se fija en una hondonada donde la vegetación es más verde, por ejemplo, y sus palitos “indican” con éxito que allí puede hacerse

un pozo, no podemos menos que pensar que se guió más por la experiencia que por lo que le dijeran sus palitos. En un terreno lo suficientemente extenso y homogéneo, los resultados de la búsqueda radiestésica no tendrán más éxito que el intentar adivinar el próximo resultado en una ruleta.

Las personas no tienen desarrollados aquellos sentidos que le permitan percibir la presencia de determinados elementos en el subsuelo. Si mi lector alberga todavía algunas dudas, piense en las compañías mineras. ¿Qué sentido tendría que se gastaran gruesos capitales en carísimos estudios sismológicos y geológicos, cuando podrían encontrar yacimientos con procedimientos mucho más sencillos? Y ganarían mucho dinero con ello. Si usted fuera dueño de la Shell, y con la radiestesia tuviera alguna posibilidad de encontrar petróleo, ¿verdad que lo intentaría?

Después de todo esto, no es sorpresa encontrar que el epígrafe “Religión” cuestione la teoría de la evolución. Ahora yo no voy a hacer una apología de mi ateísmo, pero me molestó también que en un libro que se pretende científico se defiendan con tanto fervor ciertas creencias religiosas. Para ello existen publicaciones de otro corte. La ciencia no prueba la existencia o ausencia de la Divinidad, y esto permanece como una cuestión de fe. Como consuelo me queda la especificación que se hace en este apartado de que ¡los ateos no somos los únicos culpables de lo que califican como crisis de espiritualidad del mundo moderno!

Los autores se han puesto en guardia de antemano contra críticas como la que he hecho de su obra. A mí no me ha alegrado hacerlo, pero las entidades dedicadas a la divulgación de la ciencia en los pueblos portan una gran responsabilidad; máxime en nuestro país, donde la edición de literatura científica atraviesa serias limitaciones. Por muy áridas y desconsoladoras que parezcan las teorías científicas que sobreviven a los poderosos filtros y requisitos que se les exigen, tienen más probabilidades de estar en lo cierto que aquellas tendencias, más bonitas y reconfortantes quizás, que prometen cosas importantes emocional y espiritualmente, pero que carecen de los fundamentos de las primeras. El carácter siempre incompleto del conocimiento científico da pie a esperanzas de recuperar de una manera sencilla la salud perdida, prosperar, romper el aislamiento que tan fácilmente cae sobre los seres humanos... Por desgracia, esto no siempre es posible o fácil, a pesar de los vendedores de milagros y su propaganda. No cuesta nada ignorar algunos hechos e imaginar otros para construir teorías fantasiosas, pero estas sólo funcionarán en aquellos mundos ficticios. Y conste, que la ciencia verdadera también es impulsada por la misma sed de maravilla y poesía existente en lo hondo del ser humano.

-----

**1\*** En el libro Historia del Tiempo, del Big Bang a los agujeros negros, obra sencilla de divulgación científica del afamado investigador británico Stephen W. Hawking, pueden encontrarse estos elementos y otras interesantes reflexiones sobre las teorías científicas.

**2\*** Y vuelvo a recomendar el libro de Hawking, para apreciar una aproximación al tema de la deidad desde puntos de vista, en mi opinión, más sólidos y fundamentados.